

Ana Alonso

Problemas en el Olimpo

Ilustraciones
de Lucía Serrano

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2021

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2021

© De las ilustraciones: Lucía Serrano, 2021

© De las fotografías e ilustraciones del dossier: Archivo Anaya (Candel, C.; Leiva, Á.; Martín, J.); Dreamstime/Quick Images; Istockphotos/Getty Images; 123RF y colaboradores

© Grupo Anaya, S. A., 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

www.pizcadesal.es

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:

Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-698-8592-5

Depósito legal: M-3411-2021

Impreso en España - Printed in Spain



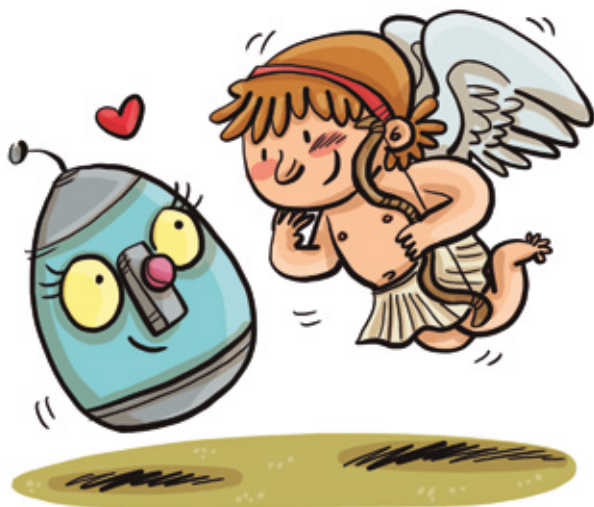
PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

Problemas en el Olimpo

Ilustraciones
Lucía Serrano



ANAYA

CAPÍTULO 1

—Por fin estamos aquí —dijo la abuela Ruth sonriendo satisfecha—. ¡No me lo puedo creer! Hacía tres años que no me tomaba unas vacaciones. Pero nos las hemos ganado, ¿eh, Lucas?

Desde luego que nos las habíamos ganado. Mi abuela y yo somos superhéroes, y últimamente tenemos más trabajo de lo normal. Se nos acumulan las misiones, y, aunque tenemos amigos que nos ayudan, la verdad es que hemos llegado al verano agotados. Porque yo, además de ser superhéroe, voy al colegio, y mis padres no me dejan utilizar mis superpoderes para hacer los deberes, así que tengo que trabajar como todos. O sea, que tengo dos trabajos. Y lo mismo le pasa a mi amiga Leonor, que también es superheroína.

Mis padres a veces no entienden que es muy difícil cumplir las misiones y ser un niño al mismo tiempo. Como ellos son personas normales y no tienen poderes... Menos mal que mi abuela se lo explica. Cuando terminó el curso, vino un día a casa y les dijo:

—Lucas necesita desconectar, y disfrutar de la playa y del sol. Así que quiero invitarlo a pasar tres semanas conmigo en el Gran Hotel Las Palmeras. ¿Os parece bien?

—Pero ese hotel es solo para superhéroes, ¿no? —preguntó mi madre—. Nosotros no podremos ir.

—De todas formas, tenemos que trabajar en verano —le recordó mi padre—. Y es verdad que a Lucas le vendrá bien un descanso. Además, los hoteles para superhéroes tienen todas las comodidades que él necesita: pistas de vuelo con capa, piscina de olas gigantes, talleres de armaduras mágicas, acampadas invisibles... ¡Se lo pasará bien!

—¿Podemos invitar también a Leonor? —pregunté, pensando en lo mucho que le gustarían todas aquellas cosas.

—Está bien —contestó la abuela—. Avísala y dile que se prepare, porque pasaremos a buscarla esta misma tarde.



Tres horas después, estábamos en el Gran Hotel Las Palmeras. Nos dieron tres habitaciones comunicadas: una para Leonor, otra para la abuela y otra para mí. Lo bueno era que compartíamos la terraza, que daba a la playa. Tenía tres tumbonas, una para cada uno. En cuanto nos pusimos los bañadores y las gafas de sol, salimos a tumbarnos en ellas. Mi robot, Bip, se fue a deshacer el equipaje, y Clarissa, que es el robot de Leonor, nos trajo unos burbujeantes refrescos de limón.

—¡Esto es vida! —dijo la abuela, después de probar el suyo.

—Desde luego —sonrió Leonor—. Pienso pasarme todo el día bañándome en el mar, sin hacer nada.

—¿No quieres apuntarte al «Taller de supercapas turbo»? —pregunté—. Parece interesante...

—No sé. —Leonor dejó su refresco y consultó el folleto del hotel con la programación—. Creo que prefiero el «Taller de conjuros modernos».

—Pues yo me voy a apuntar a «Superzumba» —anunció la abuela—. Es como la zumba normal, pero todos los ejercicios se hacen a supervelocidad. ¡Es ideal para ponerse en forma!

—Tú ya estás en forma, abuela...

En ese momento llamaron a la puerta de la habitación del centro. Oímos que Bip abría.

—Qué raro —dijo Leonor—. Una visita nada más llegar...

—Será mi amigo Mac Mosquito —apuntó la abuela—. Le encanta este hotel, y me dijo que iba a venir.

Pero no era Mac Mosquito. Era una señora muy alta, con un moño de pelo dorado, una espada en una mano y una balanza en la otra. Lo más curioso era que llevaba una venda en los ojos, pero, aun así, vino hacia la terraza sin tropezar ni una sola vez. Yo creo que veía perfectamente.

Al reconocerla, mi abuela se puso en pie tan deprisa, que se le cayó el refresco.

—¡Themis! ¡Qué gran honor! Pero ¿qué haces tú por aquí?

La señora nos miró a Leonor y a mí sin quitarse la venda. Era un poco inquietante.

—Te lo puedes imaginar, Ruth —dijo en tono majestuoso—. ¡Problemas en el Olimpo!

Como si solo de pensar en ello se agotase, se dejó caer en el extremo de mi butaca. Se ve que, con la balanza y la espada y todo, pesaba bastante, porque las patas de aquel lado de la butaca

se doblaron, y mi extremo salió disparado hacia arriba, lanzándome por el aire como si fuera una catapulta.

Menos mal que Leonor me agarró con su brazo elástico y me devolvió a la terraza.

La tal Themis sonrió como si aquello fuese muy divertido.

—Es tu nieto, ¿verdad, Ruth? —preguntó—. Qué gracioso... Me alegro de conocerte, Lucas. Y tú debes de ser su amiga Leonor... Encantada.

—¿Cómo nos conoce? —preguntó Leonor con desconfianza.

Themis dejó la balanza en el suelo y se puso a abanicarse con la mano.

—Querida, en el mundo de los superhéroes sois bastante famosos, y a mí me gusta estar al tanto de las noticias. En el Olimpo no tenemos tele ni móviles, pero tenemos el tapiz de mis hermanas las parcas, que muestra todo lo que pasa en el pasado, el presente y el futuro. O sea, que estamos bien informados.

—No entiendo. Pero usted, ¿de qué época es? —pregunté.

La venda se volvió hacia mí con un poco de enfado.



—¿Cómo que de qué época soy, niño? Soy una diosa olímpica. O sea, que soy de todas las épocas: pasado, presente y futuro. ¡Soy eterna!

—Mi amiga Themis es la diosa griega de la justicia —explicó la abuela Ruth—. Y, como todos los dioses y diosas, tiene un montón de poderes asombrosos. Es como si fuese una supersuperheroína.

Leonor y yo la miramos impresionados.

—¿Y por qué no te quitas la venda? —me atreví a preguntar—. ¿No estarías más cómoda?

—Estoy de servicio, y no me la puedo quitar —respondió ella—. La venda me sirve para no dejarme engañar por el aspecto de la gente y juzgar solo sus acciones. Es complicado.

—Entonces, ¿estás en una misión? —preguntó mi abuela.

—Justamente. Es una misión muy delicada, y no la puedo realizar yo —explicó Themis—. Por eso he venido a pedirte ayuda.

—¿De qué se trata?

—Bueno... Ya sabes que mis compañeros, los otros dioses y diosas del Olimpo, tienden a ser un poco abusones con los humanos. Como son más poderosos, los engañan de mil maneras distintas. Además, cuando los humanos no hacen lo que

ellos quieren, los castigan convirtiéndolos en animales, en plantas o en cualquier otra cosa. Yo llevo mucho tiempo mirando para otro lado...

—¿Y qué más da, si llevas una venda puesta? —preguntó Leonor.

—Es una forma de hablar —aclaró Themis—. Quiero decir que no he hecho nada, que he pasado del asunto. Pero me siento mal conmigo misma, porque, después de todo, soy la diosa de la justicia, ¿no? Y todo esto que está pasando con los humanos es muy injusto.

—¿Y por qué no lo solucionas? —preguntó mi abuela.

—Pues... Es que no quiero problemas con Zeus, que ya sabes que tiene muy malas pulgas. Es el jefe de todos los dioses y diosas —aclaró Themis, mirándome con su venda—. Y yo me llevo fenomenal con él. ¡Me siento a su lado en todos los banquetes! Pero eso cambiará si intento ayudar a los humanos que han sido maltratados. Así que no puedo hacer nada. ¡Tengo las manos atadas!

—Yo no veo manos atadas —dijo mi robot Bip, que había traído otro refresco para la diosa.

—Es también una forma de hablar —dijo Themis.

—Los ojos vendados, las manos atadas... ¡No parece muy divertido ser la diosa de la justicia!
—dijo Leonor.

—Themis, yo creo que deberías hacer tu trabajo sin miedo —dijo la abuela—. Si no lo haces, te vas a sentir mal contigo misma.

—Ya... Por eso he venido a buscarte. Se me ha ocurrido una forma de arreglar todas esas injusticias de los dioses sin enfadarme con ninguno.

—¿Y qué forma es esa?



—Pues... ¡No haré nada! —dijo Themis sonriendo—. ¡Lo harás todo tú, querida Ruth!

Me pareció que tenía bastante morro para ser la diosa de la justicia, pero no dije nada. Mi abuela frunció el ceño, disgustada.

—Pero es que estamos de vacaciones —explicó—. Los chicos y yo necesitamos un descanso...

—Te prometo que, si me ayudas, tendréis vacaciones pagadas en el Olimpo todo el verano, y podréis saborear nuestra deliciosa ambrosía todos los días para desayunar, comer y cenar. Es el alimento de los dioses. No me digas que no es una buena oferta...

—No sé, Themis. A mí la ambrosía me sabe un poco a copos de avena —dijo la abuela—. No me llama nada la atención. Pero bueno, de todas formas, te ayudaremos. Es importante hacer justicia. Voy a preparar la Estrella Errante para hacer el viaje. Cuando se viaja a lugares que están fuera del espacio y del tiempo, como el Olimpo, hay que ponerle un motor especial. Así que tengo que volver a casa a organizarlo todo. Pero vosotros os podéis quedar si queréis, chicos...

Leonor y yo nos pusimos de acuerdo con los ojos.

—De eso nada —dijo Leonor—. Te acompañamos.

—Eso —confirmé yo.

La abuela sonrió agradecida.

—Entonces, ¡vamos! —dijo—. No os vais a arrepentir, ya lo veréis. ¡Hacer justicia puede ser más divertido que tomar el sol!

Problemas en el Olimpo

Las vacaciones para superhéroes de Lucas, su abuela y su amiga Leonor duran apenas unas horas.

Themis, la diosa griega de la justicia, los necesita para una misión: devolver su forma humana a personas que llevan una eternidad transformados en una araña, un pavo real, un árbol de laurel o una vaca. Por el camino, descubrirán cómo terminaron recibiendo semejantes castigos.

Con este libro aprenderás...

Un montón de cosas sobre los dioses y diosas de la antigua Grecia y otros personajes mitológicos fundamentales.



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

A partir de 8 años

ISBN 978-84-698-8592-5
9 788469 885925
1589086